DOMINGO V DE CUARESMA (A)
Homilía del P. Anselm Parés, monje de Montserrat
2 de abril de 2017
Ez 37, 12-14 / Rom 8, 8-11 / Jn 11, 1-45

Estimados hermanos y hermanas,

Hemos llegado al quinto domingo de Cuaresma. Pronto celebraremos la Pascua de resurrección de Jesús.

La Iglesia, hasta principios del siglo VI, empleaba las lecturas de los domingos tercero, cuarto y quinto de Cuaresma, principalmente los evangelios, para la enseñanza de los catecúmenos que se preparaban para recibir el sacramento del Bautismo la noche de Pascua.

A partir del Concilio Vaticano II, se ha recuperado esta práctica, que se había perdido a raíz de haberse generalizado el Bautismo de niños, como todavía se hace hoy en día. Se utiliza para la preparación del Bautismo de adultos.

Efectivamente, el tercer domingo de Cuaresma contiene el evangelio de la samaritana. El cuarto domingo se proclama el Evangelio de la curación del ciego de nacimiento. Y el quinto domingo de Cuaresma, que es lo que celebramos hoy, se nos ha proclamado el evangelio de la resurrección de Lázaro. Los tres evangelios tienen la misión de provocar la fe en Jesucristo.

El evangelio de la misa de hoy nos ha proclamado un milagro extraordinario de Jesús; que resucita su amigo Lázaro, hermano de Marta y María, cuando ya hacía cuatro días que había muerto. Los tres hermanos tenían la casa en Betania, cerca de Jerusalén. Y Jesús se albergaba allí de vez en cuando.

Jesús hizo este milagro para dejar claro, a quienes se encontraban allí, quién era Él. El Mesías, el Hijo de Dios vivo. Sólo Dios es Señor de la vida. Nadie de los que se encontraban presentes en casa de Lázaro, ni siquiera Marta y María, amigas del Señor, podían imaginar que Jesús haría un milagro como aquel; aunque creían en Jesús, y en su poder. Efectivamente, cuando Jesús ya estaba a las afueras de Betania, Marta salió a su encuentro y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano". Conocía el poder sanador de Jesús y, por ello, le dirigía estas palabras. Jesús respondió a Marta: "Tu hermano resucitará". Ella pensaba que estaba hablando de la resurrección del último día. Pero Jesús, nosotros ya lo sabemos, se disponía a hacer algo más grande. Por eso le dice: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?". Marta, en este momento, hace una profesión de fe en Jesús; le dice: "Sí, Señor: Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo". Después de este diálogo con Marta, Jesús hizo llamar a María, con la que también mantuvo un diálogo similar.

A continuación, se hizo conducir al sepulcro donde habían enterrado a Lázaro, hacía cuatro días. También fueron algunos judíos que habían ido a dar el pésame a María. El evangelio nos dice que Jesús se turbó y se echó a llorar. Seguidamente, Jesús ordenó que sacaran la losa que cerraba el sepulcro, lo que hicieron, a pesar de las quejas de Marta, que decía que el muerto ya se descomponía. Cuando ya habían retirado la losa, Jesús hizo una oración de acción de gracias al Padre, en voz alta, para que fuera escuchada por los testigos que se encontraban allí, y así creyeran en Él. Y, terminada la oración, Jesús llamó "Lázaro, sal fuera". Y el evangelio nos dice

que el muerto salió, con los pies y las manos atados con las vendas. Jesús ordenó desatarlo y dejarlo caminar.

Realmente, para los creyentes, este relato evangélico de San Juan es impresionante. Pero, a pesar de la importancia de este milagro, no es lo más importante, que aún debía producirse. Y es que Jesús, obrando esta resurrección, prefigura la suya futura, que ya había anunciado a sus discípulos. Con todo, hay que dejar claro que la resurrección de Jesús no será igual que la de Lázaro; ya que éste volverá a morir, mientras que Jesús, después de su resurrección, irá al Padre, y ya no morirá para siempre.

Finalmente, hay que decir que este evento también nos afectará a nosotros. Efectivamente, Jesús en el discurso llamado del pan de vida, del mismo evangelista san Juan, en el que habla a sus discípulos sobre la Eucaristía, les dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día".

Alegrémonos, pues, hermanos y hermanas. Las lecturas bíblicas que se nos han proclamado hoy, fortalecen nuestra esperanza en la vida eterna. No debemos dejar que se debilite nuestra fe ante las dificultades internas y externas que se nos puedan presentar. Jesucristo, nuestro redentor y nuestro maestro, nos ha tomado la delantera y vive en el Reino de su Padre; donde un día nos recibirá a nosotros. Que la Eucaristía que estamos celebrando nos ayude a alcanzar nuestra esperanza. Que así sea.